

Una actriz -o un actor- razona y diserta sobre los beneficios de las guerras.

No sé qué pensaréis vosotros de la guerra. De cualquier guerra. Porque es que a mí ya sólo me queda que pensar cosas buenas. Como hay tantas, tantas, tantísimas guerras, y todos sabemos que lo que dicta o quiere la mayoría, es lo auténticamente legal, lo demócrata, lo *in*, que dicen tranquilamente los cursis, me acabo diciendo: pues esto tiene que ser que las susodichas guerras parecen una cosa y en realidad son otra muy distinta. A lo mejor yo estoy creído que son malas, malas para la salud esencialmente para de los que se mueren, bueno, de los que matan y la cosa es en realidad mucho más compleja. Esto es lo que yo me creo, pero ¿y si la cosa no funciona así? Como yo no he estado en ninguna... pues a lo mejor no tengo ni remotísima idea de lo que es verdaderamente una guerra.

De todas formas, yo he dedicado un tiempo a meditar sobre las guerras. A meditar en ese sitio que más tranquilamente se ha meditado siempre... En el cagadero, he llegado a algunas conclusiones importantísimas: yo me digo, me digo: las mujeres... o sea, los hombres, quiero decir, todos, todos, hombres o mujeres, y ya está, porque no habrá que hacer distinciones sobre sexo, religión y demás... pero yo nunca había oído, por decir algo, algo tan idiota como hola, compañeros y compañeras... Pero si diciendo compañeros o compañeras solamente, todos, ya te entienden, ¡qué ganas de hablar! Como estamos en la época de la comunicación... Será eso...

Pero, vamos a ver, ¿cuándo hemos deseado nosotros algo malo o que pueda molestar a nuestros semejantes?, pues nunca. ¡Nunca! Pues si nosotros, que somos nosotros mismos exactamente, nunca hemos deseado nada que pueda perjudicar ni lo más mínimo a un semejante, y además, ha habido guerras de toda la vida y no ha pasado nada, es que las guerras son una cosa buena. Una cosa buena para la salud... (*Guiños*) Bueno, no pasa nada: sí, unos se mueren y otros ganan, ya se sabe. Pero esto mismo pasa en la vida real... Unos se van muriendo y otros seguimos vivos, aguantando a los que se mueren y se quedan tan... tan... frescos.....

Y de los que ganan en las guerras, ¿qué?, pobres, de los que pierden siempre habla todo el mundo, que si pobrecito, que si con lo bueno que era -aunque nadie lo tragara-, que si hay que reconstruirles la casa... Pero nunca, nunca, jamás quiere hablar nadie de los que ganan, sólo hablan entre ellos mismos y no siempre bien del todo. Y se hacen de propaganda... Como si tuvieran una enfermedad contagiosa los vencedores... y hubiesen ganado porque no tenían otra cosa mejor que hacer ¿eh? Uno nunca gana la guerra porque quiere, porque como querer, querer, quieren ganar los dos. A ver: ¿dónde se ha visto que entre dos que se peleen, uno le diga al otro: hasta aquí hemos llegado, ¿porque yo voy a perder esta guerra porque me da la gana? Nunca. A eso se le llama rendirse y es otra historia. Yo hablo de dos que se estén peleando de verdad: que si yo te doy un mamporro y tú te caes al suelo sangrando y con la barbilla destrozada; que si ahora te doy una patada en la boca, ya que me viene al pelo porque como estás en el suelo... y que el de abajo fuera y dijera, mientras escupe sangre, pus, saliva y esas cochinas: oye, que estoy perdiendo porque quiero, que si no quisiera perder, pues no

estaría en el suelo, contigo encima dándome patadas; que si yo quisiera ganar estaría de pie, donde tú estás, y yo te estaría dándote a ti las patadas y poniéndote a caldo.

Que no, que las guerras tienen eso, que uno de los dos siempre acaba llorando a lágrima viva. Desde luego, yo ya lo tengo mentalmente decidido: las guerras, menos para los que se mueren, sus familiares, amigos y demás parentela, son buenas para la salud de los países. Y tiene su explicación, ya veréis: cae una bomba y destruye una casa. ¿Quién tiene que venir primero?: pues los médicos, los enfermeros y los bomberos. Trabajo para el cuerpo médico, ya tenemos una ventaja. Algún muerto habrá..., por ahí, despachurrado, una pierna por aquí, un brazo por allá, pues trabajo también para los forenses, y para los jueces, y para la policía, y para más bomberos, y para los enterradores. ¡Viva los enterradores! Pues ya la tenemos liada con un montón de profesionales que tienen que hacer horas extras a causa de un bombazo. Después de repartir el asunto, es decir, repartir a los vivos dándoles un bollo y a los muertos su hoyo, habrá que atender a los que quedan vivos haciéndoles su casa otra vez, porque ahí vivía gente que tenía hijos, nietos, demás familia y amigos. Pues ya que nos ponemos a reconstruir la casa, no la vamos a hacer como estaba antes, con lo vieja que era. La haremos un poco más alta, con 27 alturas más, por ejemplo, seguro que cualquier ayuntamiento nos concedería la gracia de la subvención después de la hecatombe... Ya hay aquí trabajo también para especuladores, funcionarios y otras gentes de buen vivir y mejor yantar. Ya tenemos también trabajo para empresas de máquinas excavadoras, para sus correspondientes conductores, para especialistas en yeso, cemento, hormigón, albañiles, arquitectos, aparejadores, dibujantes,

notarios, en fin. Hasta el tipo del bar de la esquina sale ganando con el bombazo porque algún chato se irá a tomar todo ese gentío. Y después, cuando ya están echas las treinta alturas del edificio, habrá que venderlo todo a un precio razonable. Ya tenemos colocadas a las antiguas familias por ahí, en cualquier sitio, porque el inmenso dolor del bombazo no les deja pensar ni a qué se están comprometiendo, y esto beneficia a todos, incluso al edificio antiguo, porque es que se estaba cayendo. Pues eso. Entonces, como todo habrá subido de precio cuando al cabo de solamente un año y medio ya está levantado el edificio, pues más trabajo para los promotores, que casualmente son una familia que está emparentada con uno que tiene un primo que tiene una fábrica de armas en Cincinatti. Casualidades, está claro. Bueno, pues por todo esto y mucho más, las guerras son buenas, positivas, airean la economía, limpian el ambiente de soldaditos de a pie y matan a montones de moscardones. Si lo dudan, métanse en una, métanse, cuando terminen, verán por propia experiencia, ya verán todo lo que ganan los que ganan la guerra. Y luego me lo cuentan..., que yo me voy. Esta no es mi guerra, era otro monólogo indecente. Simplemente.